

Agosto 1, 2001

MUNDO: ENTRE DESIGUALDADES Y CRECIENTE DESEMPLEO

Por Agustín Saavedra Weise

Sin remontarnos por ahora a las sociedades atrasadas de las que Bolivia forma parte, ya en el próspero hemisferio norte se están contabilizando agudas situaciones inequitativas.

Mientras más y más europeos se enfrentan con el fantasma del desempleo, una pequeña minoría tiende a aumentar su ya incalculable fortuna. Tal panorama, unido al creciente nacionalismo (y hasta racismo) generado por los altos índices de desocupación, está creando mucho descontento. Este sentimiento subyace en la raíz del auge de los movimientos xenófobos de los llamados "neonazis". A todo esto, Estados Unidos está mostrando signos inequívocos de aproximarse a una recesión, luego de más de ocho años de impresionante prosperidad. Como obvio resultado surge también el fantasma de la desocupación creciente; al mismo tiempo, las diferencias de sueldos entre altos ejecutivos y trabajadores comunes se agigantan.

¿Qué hacer? La respuesta no es fácil; mucho menos la tengo yo en mi bolsillo. El problema radica, quizá, en la perversidad de los nuevos modelos tecnológicos, todos ellos sin excepción basados en mayores dosis de capital y menores dosis de mano de obra. El efecto acumulativo no puede ser más letal: con su implacable lógica va dejando un tendal de trabajadores no especializados en el camino, mientras robots y computadoras toman sus lugares realizando –además– las antiguas tareas en forma más eficiente y sistemática. Como resultado final tenemos menos empleo y la descapitalización consiguiente de empleados y obreros despedidos, cuyos universos individuales se han hecho añicos. Claro, también tenemos la poderosa acumulación exponencial de los dueños del capital, antes ricos y ahora riquísimos.

Tomando niveles macroeconómicos las cosas no se ven tan mal, ya que el Producto Bruto Interno (PBI) y las tasas de crecimiento mantienen ritmos satisfactorios en varios países. El drama radica en la vida de cada individuo desplazado, en la angustia de cada persona que se queda sin trabajo. La sumatoria de este grupo desamparado, hoy alcanza cifras millonarias y está generando inquietud por doquier en la vieja Europa. Ya está sucediendo lo mismo en EE.UU., país que se estuvo “salvando” por el extraordinario

dinamismo que ha demostrado su economía a lo largo de los últimos años y que ahora llega a su ciclo declinante.

El caso estadounidense, empero, es diferente y amerita otro análisis. Estados Unidos tiende a nivelar hacia arriba y por tanto, no existen tantas diferencias entre clases privilegiadas y carenciadas; el fenómeno se mitiga y es menos notorio que en el viejo continente.

En Latinoamérica la situación es crítica. Existen pequeñas minorías que viven rumbosamente y gastan dispendiosamente a la par que crece la hambruna en vastos sectores. El consumismo está de moda y la ostentación también, aunque ambos se realizan frente a una peligrosa caldera social hirviente que los rodea.

Los parados europeos tienen un amargo premio consuelo, pero premio al fin: el capitalismo protector de sus estados nacionales. Pese al debate de la hora, es prácticamente imposible pensar en que las naciones de Europa Occidental abandonen sus sistemas de seguridad social, por muy costosos que resulten. Saben muy bien lo que pasaría si dejan al trabajador desocupado en situación de absoluto abandono: una nueva toma de La Bastilla en pleno Siglo XXI.

Los países latinoamericanos todavía no han perfeccionado sus mecanismos de protección social. La masa marginada del mercado laboral está librada a su propia y triste suerte... Y los políticos de turno no pasan del acostumbrado blá,blá. El desamparo es casi total.

La teoría económica define al circuito económico sobre la base de sus tres categorías: producción, distribución y consumo. El equilibrio dinámico de dichas categorías es fundamental. Si falla el consumo, disminuye la producción en el nuevo ciclo; si la distribución es ineficiente, no hay transparencia entre oferta y demanda, lo que provoca diversos estrangulamientos. Por ahora, el creciente consumismo de los privilegiados –y de su área periférica– está compensando la restricción (o ausencia) en materia de consumo de los infortunados que la nueva matriz tecnológica dejó fuera de circulación. ¿Cuánto durará esto? A mi modesto entender un poco más, pero no mucho. Quizá en este nuevo milenio, alcancemos a ser testigos involuntarios de novedosas y espectaculares revueltas sociales, las que casi seguramente tendrán su punto de partida en el seno de las propias naciones altamente industrializadas.

Así nomás están y estarán las cosas, si en este mundo que nos cobija desigualdades y desempleos continúan su temible escalada...

-----000000-----